

Raimundo Lulio, Francisco Jiménez de Cisneros y la política de Fernando el Católico

TERESA JIMÉNEZ CALVENTE

Universidad de Alcalá
teresa.jimenez@uah.es

Por extraño que parezca, a pesar de los años que los separan, existen puntos de contacto entre Raimundo Lulio, Francisco Jiménez de Cisneros y Fernando el Católico. Los dos primeros comparten tal afinidad de ideas, pensamientos e ilusiones que no es posible achacarla a la mera casualidad. Lulio ejerció un enorme influjo sobre Cisneros, que le rindió homenaje con la creación de una cátedra de Teología y Filosofía lulista en su universidad complutense¹. El propio Cardenal se ocupó de que las obras de Lulio se imprimiesen en los talleres de Brocar y, aunque no lo declarase abiertamente, es posible que lo tuviese en cuenta a la hora de trazar sus planes para la conquista de algunas plazas norteafricanas. En cuanto a Fernando, hombre de finísimo olfato político, pero ajeno a cualquier preocupación filosófica o erudita (los cronistas nos advierten de que no recibió una esmerada formación en su niñez), no hay que suponerle un trato directo con las obras de Lulio. Sin embargo, siempre supo abrir sus oídos y escuchar a quienes lo rodeaban y aconsejaban, y ahí estaba Cisneros. El rey Católico fue ante todo un hombre de acción y, por más que su esposa siempre lo aventajó en el sentimiento religioso, no careció de preocupaciones a ese respecto². A la postre, la política y un cierto celo cristiano explican su proyecto de conquistar Jerusalén, auténtica culminación de los ideales de cruzada retomados con ilusión tras los éxitos de Granada, pero abandonados poco a poco por la magnitud y dificultad del proyecto.

Llegados a este punto, no está de más refrescar algunos datos de la vida del mallorquín que ayuden a entender su presencia, casi dos siglos después de su muerte, en Castilla y Aragón. Raimundo Lulio tuvo por patria el Reino de Mallorca, donde había nacido y, por tanto, fue súbdito del rey aragonés Jaime I. El lugar de nacimiento y la corte aragonesa a la que pronto se unió son claves para entender la evolución de su pensamiento y su radical conversión, que lo llevó a abandonar los placeres mundanos en pos de una vida dedicada por ente-

¹ Pérez (2014: 140-163) realiza un magnífico resumen de la influencia de Lulio sobre Cisneros.

² Fernández de Córdova (2017).

ro a la meditación y el estudio. Su espiritualidad se situó en los aledaños de la joven orden franciscana, con su preocupación por predicar el *verbum Dei* dentro y fuera de la cristiandad. Los tiempos invitaban a ello y, más pronto que tarde, en la corte aragonesa arraigó con fuerza un profundo sentimiento escatológico y mesiánico, que se activó cuando, en 1282, Constanza II de Sicilia, Suabia o Hohenstaufen llegó a la corte de Barcelona para casarse con Pedro III, hijo del rey Jaime I. La italiana trajo todo un cúmulo de creencias de tipo milenarista; es más, gracias a ella, se difundió la obra de Joachim de Fiore y la idea de que la llegada del Anticristo era inminente. Con su devoción franciscana, la reina Constanza dio ejemplo a otros reyes de Aragón: su fórmula enseñaba a vivir y, lo más importante, a vencer a la muerte, pues la partida de este mundo debía ser inequívocamente cristiana.

La reforma espiritual devino una necesidad y Lulio adoptó los ideales de cruzada inspirados por el franciscanismo con su foco en la recuperación de los Santos Lugares. La Iglesia tenía la misión de convertir a judíos y musulmanes, sin dejar de lado a los hombres sin secta que, en opinión de muchos, habitaban tierras desconocidas al otro lado del Estrecho y que seguramente, así lo pensaban, abrazarían la verdadera fe sin demasiados costes. Aunque Lulio creía en la conversión pacífica de todos estos hombres por medio de la predicación en diferentes lenguas, no descartaba del todo la conquista militar, si la situación lo requería. No hemos de caer en un falso anacronismo y pensar que todo podía conseguirse con la simple palabra o el diálogo (basta echar un vistazo a los diálogos filosóficos del mallorquín, como el *Libre del gentil e dels tres savis*, para comprobar que el género no garantizaba la victoria de ninguno de los implicados en la disputa: su modelo literario no es diálogo platónico, sino el aristotélico, en el que las cosas suelen quedar más abiertas). En muchas ocasiones, antes de iniciar la predicación, se hacía imprescindible controlar militarmente el territorio.

Este espíritu de cruzada recibió un aldabonazo con la pérdida de San Juan de Acre (1291). Ahí hay que situar el origen de su *Rex bellator*, un concepto que Lulio desarrolló en diversos tratados: según su parecer, para conquistar Jerusalén, se imponía la unión de los príncipes cristianos bajo la égida de un único rey guerrero, valiente y piadoso a partes iguales. La idea fue cobrando cuerpo en su *Quomodo Terra Sancta recuperari potest* (1292), donde desde la primera línea del texto propone la unión de todas las órdenes religiosas con presencia en Tierra Santa para conformar una única orden que se llamaría Orden del Espíritu Santo (*iste ordo vocetur ordo de Spiritu Sancto*)³. En el *Liber de fine* (1305), Lulio apuesta por que todas las órdenes militares actúen al unísono bajo el mando de ese *Rex bellator*, cuyo primer objetivo debía ser el norte de África. Ese rey no era otro que el rey de Aragón —de hecho, el príncipe Jaime, hijo de Jaime II de Aragón, renunció a la corona para encarnar a ese guerrero ideal—, que debía apoyarse en su poderosa flota y los almogávares. Por último, en el *Liber de Acquisitione Terrae Sanctae* (1309), Lulio propone

³ El texto puede leerse en <https://lullus.ub.uni-freiburg.de>, donde se remite al MS. lat. 3174 BNP.

dos vías de acceso a Tierra Santa: una por el norte, por Constantinopla, bajo la dirección del rey de Francia acompañado por los caballeros hospitalarios, y otra por el sur, capitaneada por el rey de Aragón y las órdenes militares asentadas en la Península. En cualquier caso, a estos guerreros se les uniría un ejército de predicadores que, capaces de hablar árabe y conocedores de la teología («*viros sanctos et devotos qui addiscant diversas linguas...Isti sint scientes in theologia et philosophia*»)⁴, favorecerían la conversión de los musulmanes.

Aquel proyecto quedó en nada, entre otras cosas, por la oposición del rey de Francia, pero la atmósfera de reforma y cruzada cobró nuevos bríos en tiempos de los Reyes Católicos. Conviene repasar algunos datos para entender el fenómeno en toda su complejidad, aunque la limitación de tiempo no permite más que una mera enumeración. En Castilla, las cosas andaban muy revueltas desde mediados del siglo XIV y habían empeorado considerablemente en la primera mitad del XV: echando la vista atrás, la Peste Negra que segó la vida del rey Alfonso XI (peste que fue especialmente cruda en Aragón) supuso una merma notable de la población e importantes cambios sociales. Además, en 1369, el cambio de dinastía tras el asesinato de Pedro I a manos de su hermanastro Enrique Trastámara fue un factor decisivo en la activación de las ideas milenaristas y escatológicas, que se utilizaron entonces para legitimar al nuevo monarca. El contexto europeo era especialmente propicio para este rebrote de profecías y mensajes escatológicos, pues el Cisma de Aviñón (1378) y la coexistencia de dos papas alentaban la búsqueda de signos proféticos por parte de las dos facciones⁵. Resuelto el Cisma en el Concilio de Constanza (1414-1418), las profecías no cesaron; antes bien, se instalaron en la boca de predicadores que, como el dominico Vicente Ferrer, anunciaron, una vez más, el inminente nacimiento del Anticristo. Por otro lado, la caída de Constantinopla y los sucesos de Otranto reavivaron el temor a los mahometanos, esta vez bajo la figura de los turcos, una auténtica fuente de preocupación para los reyes y príncipes de la cristiandad.

En Aragón, desde comienzos del siglo XV, en 1412 para ser más exactos, la llegada de los Trastámara no hizo sino estrechar lazos que se habían ido tejendo siglos atrás, con hitos tan importantes como el Pacto de Monteagudo de las Vicarías (1291) entre Sancho IV y Jaime II, llamado a ser un auténtico *Rex bellator*, lo que nos hace volver los ojos, una vez más, hacia Lulio y su época. Aquel tratado se rompió pronto por la repentina muerte de Isabel de Castilla, hija de don Sancho y esposa de don Jaime, pero se mantuvo el reparto de las tierras del Norte de África acordado entre ambos soberanos con el río Mulaya como frontera. Los territorios de la actual Argelia y Túnez quedaban del lado aragonés; desde ahí hacia el occidente, las tierras pertenecían a Castilla. Vale recordar que Lulio se embarcó precisamente hacia Túnez con la idea de predicar en esas tierras la palabra de Cristo e iniciar allí su personal cruzada misionera. En su caso, las palabras se tornaron hechos y su elección de esas tierras al otro lado del Estrecho es congruente con la ruta que previamente había diseñado para la conquista de Tierra Santa (partiendo de Murcia, el ejército aragonés

⁴ *Quomodo Terram Sanctam recuperari potest*, MS. 3174 BNP, fol. 133r.

⁵ Un buen resumen en Olivera Serrano (2014).

debía recalar, según su proyecto, en Almería, Granada, Ceuta, el Norte de África -vale decir Argelia y Túnez-, Egipto y, finalmente, Jerusalén). Sin duda, a Lulio lo inspiraban, a partes iguales, el celo religioso, la política aragonesa (deseosa de afianzar su fuerza en el Mediterráneo) y la historia de la Cristianidad en aquellas tierras ahora en manos de los infieles.

Aquel reparto de territorios establecido a finales del siglo XIII se proyectó a la Castilla del siglo XV, que reforzó su posición gracias a un sólido argumento de naturaleza histórica: en tiempos del emperador Diocleciano, la provincia de la Mauritania Tingitana formó parte de Hispania y, por tanto, ahora le correspondía a Castilla, como heredera legítima de aquel legado, reclamar sus derechos sobre las Canarias y las tierras norteafricanas de la parte más occidental. Esta idea se defendió con éxito en varios foros: primero, en Portugal, durante una embajada que tuvo lugar entre 1423 y 1426; más tarde, en el Concilio de Basilea, donde un hábil Alfonso de Cartagena ganó la disputa en 1436, según dejó sentado en sus *Allegationes super conquista insularum Canariae contra portugalenses*⁶.

Con tantos frentes abiertos y en medio de tantas turbulencias, no es de extrañar que, según se acercaba el final del siglo, los mensajes proféticos y mesiánicos de épocas pasadas volviesen a resonar con fuerza. Al fin y al cabo, estos aportaban un rayo de luz y esperanza siempre y cuando fueran convenientemente interpretados y adaptados a la situación presente. Había un sentir general sobre el inminente advenimiento de un Monarca Universal, nacido en el extremo occidental del mundo. Este derrotaría al Anticristo (la religión mahometana, según una interpretación al uso) y, acto seguido, se instauraría una paz que, como poco, iba a durar mil años. Quienes vivían en el entorno regio lo vieron claro: las miradas se posaron en Fernando, que asumió, en parte por convencimiento y en parte por oportunidad política, esa responsabilidad. Como heredero de la corona de Aragón, tenía la obligación moral de extender los dominios de la cristiandad hacia el Este y coronar su viaje triunfal con la conquista de Jerusalén.

Castilla poseía otros ideales, aunque ambas políticas, la castellana y la aragonesa, se acoplaron pronto. En el imaginario castellano, la conquista final del reino nazarí satisfacía numerosos anhelos y, entre ellos, la consecución de un mito de clara inspiración isidoriana que había sido revisitado con frecuencia desde las primeras décadas del siglo XIII: España, vale decir Castilla, debía aspirar a un rey justo y piadoso al frente un único pueblo o *gens*, lo que suponía la unidad territorial y una única religión. Aquel proyecto político tenía, además, una dimensión espiritual y moral, pues la reforma de las costumbres y una religiosidad más sincera eran condición indispensable para recuperar el favor divino. Al fin y al cabo, los pecados de todos y, en especial del rey don Rodrigo, habían sido antaño los causantes de la desgracia. En este marco, emerge la figura de Cisneros, hombre de sincero sentir religioso y excepcional agudeza política.

⁶ El texto ha sido editado y estudiado por González Rolán+ Hernández González + Saquero Suárez-Somonte (1994).

Cisneros había sufrido una aguda crisis espiritual frisando los cincuenta, en 1484, cuando su carrera eclesiástica había comenzado a despegar en Sigüenza. Allí, desde 1480, había reunido un pequeño grupo de eruditos para el estudio y la lectura de las Sagradas Letras, germen inicial de su ambicioso proyecto complotense. Entonces, cuando la fortuna parecía sonreírle, don Gonzalo lo deja todo para ingresar en la orden de los hermanos menores en su rama más observante, para lo que se retira al convento de La Salceda. Allí adoptó el nombre de Francisco, un claro anuncio de sus intenciones, y se plegó a la observancia más estricta, que suponía una vida eremítica de pobreza, limosna y oración. El prelado se despojó entonces de sus ambiciones y ricos ropajes para vestir el áspero sayal franciscano, que desde entonces lo acompañó siempre.

Aquellos planes quedaron frustrados, pues los reyes reclamaron su presencia en la Corte: primero como confesor de la reina y, más tarde, como arzobispo de Toledo y, desde 1507, como Cardenal. Sin embargo, su nueva posición de poder le permitió realizar alguno de esos proyectos reformistas y misioneros con que había soñado y en los que se intuye cercano el modelo de Lulio: así, pudo acometer su proyecto de reforma religiosa; iniciar su ambicioso proyecto de reforma educativa con la creación de una universidad en la que los estudios escriturísticos iban a tener un mayor peso específico (el aristotelismo tomista coexiste entonces con otras corrientes teológicas, como el nominalismo o el escotismo). Cisneros pudo también embarcarse en una cruzada misionera y de predicación en Granada, al sustituir a Hernando de Talavera en la tarea de convertir a los musulmanes granadinos. E incluso, en 1505, se permitió diseñar un plan, exitoso sobre el papel, para recuperar los Santos Lugares. Para ello, intentó convencer a Fernando de que era el momento oportuno si unía sus fuerzas a las de sus yernos Manuel I de Portugal y Enrique VII de Inglaterra. No es casualidad que estos planes surgieran mientras lo visitaba en Toledo Charles de Bovelles, discípulo de Lefèvre d'Étaples, lulista galo de enorme prestigio.

Da la impresión de que Cisneros, un franciscano sincero, y Fernando, un rey de enorme agudeza política, pudieron hacer suyos y adaptar a las circunstancias los consejos del mallorquín. Sin embargo, a pesar del entusiasmo mostrado por el monarca portugués, todo se vino abajo por los problemas de Fernando con su yerno Felipe en Castilla. Aquella cruzada, minuciosamente preparada, cayó en el olvido y a Cisneros solo le quedó un premio de consolación: la toma de Orán en 1509, una forma de devolver a la cristiandad territorios en los que había ejercido su magisterio el propio san Agustín.

Luego la conquista continuó con éxitos sonados como Bugía, el peñón de Argel o Trípoli. Pero todo se paró con la derrota de Gelves⁷. A pesar de que Fernando quiso tomarse revancha y continuar avanzando hasta Egipto y Jerusalén, Castilla se echó para atrás, aquello quedaba demasiado lejos de sus límites territoriales. Las aguas volvieron a su cauce y Fernando ocupó todas sus energías en Italia y Nápoles. El año en que moría Cisneros, 1517, los turcos derrotaron a los mamelucos y tomaron Jerusalén. Solimán el Magnífico no mostró

⁷ *Vid.* García (1993: vol. II, 505-567) y Pérez (2014: 148-163).

ninguna clemencia con los franciscanos, que hubieron de abandonar aquellas tierras tras tres siglos allí.

BIBLIOGRAFÍA

- Fernández de Córdova, A. (2017) «El “otro príncipe”: piedad y carisma de Fernando el Católico en su entorno cortesano», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 26, pp. 15-70.
- García Oro, J. (1993) *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, vol. II, Madrid, BAC, 1993, pp. 505-567.
- González Rolán, T. + Hernández González, F. + Saquero Suárez-Somonte, P. (1994) *Diplomacia y Humanismo en el siglo XV: Edición crítica, traducción y notas de las «Allegationes super conquesta Insularum Canariae contra portugaleses» de Alfonso de Cartagena*, Madrid.
- Olivera Serrano, C. (2014) «Mesianismo y profetismo en Portugal y Castilla (c. 1380-1430). Notas para su estudio», *Sémata*, 26, pp. 359-382.
- Pérez, J. (2014) *Cisneros, el Cardenal de España*, Madrid, Taurus.